

RECUERDOS
DEL
HEROISMO COLOMBIANO
EN
1819

Escrito para la Revista de las Fuerzas Armadas.



MANUEL JOSE FORERO

La voz de los clarines todavía se escucha vibrante en los aires, cuando los colombianos recuerdan las grandes acciones guerreras de donde se desprendieron la libertad y la república.

Esa mágica voz es perceptible cuando uno da cuidadosa lectura a los pliegos emanados de los días de la independencia. En tales pliegos ha quedado impresa, vigorosamente, la memoria de nuestros grandes fundadores.

Fechas importantísimas de la historia nacional son el 20 de julio, el 25 de julio, el 7 de agosto. En ellas se recuerda la proclamación de la independencia granadina, la batalla del Pantano de Vargas, la victoria suprema de Boyacá.

Conozcamos algunas informaciones concurrentes a demostrar cuánta significación tienen los triunfos que, año tras año, conmemora con gozo la república.

Idea muy desfavorable tenía de los soldados patriotas el coronel José María Barreiro. Sabía de ellos el comandante de la tercera división española, que estaban mal vestidos y carecían de los recursos con que se adornaban los hombres alistados bajo las banderas del rey.

Casi desnudos se hallaban, en realidad, muchísimos llaneros colombianos y venezolanos seguidores de Bolívar y Santander. Pero tenían jefes dignos de su valor y su energía. En las marchas interminables relacionadas antes de llegar al páramo de Pisba, padecieron lo indecible y sufrieron lo que no sería posible enumerar.

Para el coronel José María Barreiro, jefe de un ejército bien provisto y suficientemente alimentado, fueron dignos de lástima los jinetes e infantes republicanos de 1819.

El 12 de julio de ese año escribió Barreiro al Virrey Juan Sámano, desde el lugar denominado los Molinos de Tópaga: "Los enemigos están totalmente en cueros, de modo que me asombro de cómo pueden resistir los rigores de la estación".

Espíritu dispuesto sin límites a destruir a los patriotas encontraba el coronel Barreiro en las filas del rey. Al referirse a las acciones libradas al rededor de aquellos días dice Barreiro, ensoberbecido y rotundo: "No he tenido un desertor, y los heridos y enfermos no quieren retirarse, por no perder la gloria de acabar con ellos".

Sí tenía noticia acerca de la cuantía del ejército republicano, pues, dice el 16 de julio de 1819, en carta dirigida al virrey Sámano: "El número de sus tropas (con posterioridad a la acción de Gámeza) se aproximaría a dos mil hombres. Han sido reforzadas por Donato Pérez con unos cuatrocientos hombres de caballería y doscientos ingleses".

Si los patriotas padecían los rigores del tiempo, igualmente sufrían los tercios españoles. Los hombres pertenecientes a este último grupo habían disfrutado largamente del sosiego y la tranquilidad que les garantizaba con sus violencias en Santafé, el virrey Sámano. Entre tanto, los republicanos acababan de abandonar los llanos y

de rodar sobre los guijarros de Pisba. Sobre las inclemencias de aquel momento dijo Barreiro a Sámano el 19 de julio de 1819: "No me será posible dar a vuestra excelencia una idea exacta de la crudeza de la estación, pues puedo asegurarle que hace el espacio de doce días que no cesa de llover un solo instante; y como tenemos que permanecer la mayor parte del tiempo en el campo, jamás llega a enjugarse la ropa que nos cubre".

En el Archivo General de Indias, radicado en Sevilla, se guardan numerosos papeles relacionados con las acciones de armas de Paya y Gámeza, Pantano de Vargas y Puente de Boyacá. Algunos de ellos fueron conocidos por el ilustre historiador boyacense Cayo Leonidas Peñuela, y publicados en la primera edición del libro titulado certeramente "Album de Boyacá". En la segunda edición de dicho libro, realizado por una comisión especial del gobierno nacional, han sido impresos otros pliegos, que nos permiten escribir estas líneas.

Las comunicaciones del coronel José María Barreiro a Juan Sámano, cruel virrey de la Nueva Granada y fiero perseguidor de los patriotas, nos informan ahora serenamente acerca de la época tremenda citada en la fecha 1819. Una maravillosa deducción es perceptible al momento, mientras recorre uno los documentos mencionados: Los colombianos de entonces, oprimidos por la mano de hierro de Sámano y de sus ministros y soldados, no dejaban un instante de suspirar por el restablecimiento de la república, aho-

gada en sangre por Don Pablo Morillo.

Los cadalsos que este levantó en la capital del virreinato y en todos los sitios en donde pudo encontrar víctimas, no fueron suficientes a consumir en los corazones granadinos el ímpetu visible del 20 de julio de 1810.

Vigilados por innumerables espías estuvieron desde 1816 hasta 1819 los patriotas de todas las clases sociales y de todas las condiciones. Cada soldado español tuvo entonces en sus manos la suerte de cada uno de los hijos de la Nueva Granada.

Los delatores tuvieron en tal época ocupación numerosa. Como todos los raizales del país fueron sospechosos en cuanto a sus simpatías por la república, los civiles y militares españoles se movieron fácilmente en el dísimulo y el engaño hacia los perseguidos. El ambiente se hizo asfixiante en extremo.

Los infinitos espías de 1816, año de la victoria de Morillo sobre Cartagena, fueron la mano activa que determinó el sacrificio de Antonio Baraya y Camilo Torres, de Antonio Villavicencio y Manuel Bernardo Alvarez. Los años siguientes, 1817, 1818 y 1819, dieron testimonio de la multitud de colombianos entregados a la muerte por ideales de la patria y de la república.

Tan feroz fue la conducta de los jefes realistas, como lo dice la circunstancia de haber sido fusilados o ahorcados varios centenares de patriotas, contra los cuales las fórmulas jurídi-

cas de la grande España nada hubieran podido en tiempos menos duros.

Debemos recordar aquí a los gobernantes de la Nueva Granada en 1794 y años siguientes, cuando se ordenó castigar con el último suplicio a quienes tuvieran papeles relacionados con los Derechos del Hombre, de Nariño. Y no solo a estos, sino también a quienes con sus palabras se manifestaran adversos al gobierno del rey.

Durante el gobierno de Morillo y de Sámano fueron dictadas sentencias semejantes, pues, tales jefes creyeron en la posibilidad de exterminar a los republicanos seguidores de Bolívar y Santander. Pero el pueblo, el pueblo sencillo, no tembló ante el peligro, sino que se alistó en los ejércitos de los libertadores.

En algunos de los papeles de Barreiro recientemente publicados se advierte su preocupación a causa del número mayor de las tropas republicanas, y de la inferioridad registrada en esos momentos por las fuerzas realistas. Lo cual demuestra, una vez más, que los planes geniales del Libertador iban a cumplirse en los campos de batalla de la Nueva Granada. Los gran-

des preparativos hechos por Bolívar y sus colaboradores inmediatos anunciarían la realidad de la victoria decisiva. El grave esfuerzo de los patriotas en los llanos orientales de Colombia y en las extensiones infinitas de Venezuela, ofrecería a las armas de la libertad laureles ciertos.

El coronel José María Barreiro se manifestaba, en algunas ocasiones, rudamente desdeñoso con relación a los soldados de Bolívar.

Sin embargo, al advertir el entusiasmo con que iban al combate, una vez dijo, en palabras dirigidas a Morillo:

—Puedo asegurar a vuestra excelencia, no son tan despreciables, y que se sostienen al fuego con bastante audacia....

Para concluir estas líneas veamos la manera cómo Barreiro ponía en vigencia la guerra a muerte, en julio de 1819, trece días antes del Pantano de Vargas. Dijo entonces el jefe de la tercera división española:

—Se cogen muchísimos prisioneros, pero a todos los hago matar al momento, para comprometer más al soldado....